

Repensando el turismo en la ciudad sostenible del siglo XXI

Danielle Bishop y Montserrat Pareja-Eastaway



Turistas locales e internacionales en Tashkent (Uzbekistán).

1. A modo de introducción

Las dinámicas que ocurren en la ciudad son un exponente de los modelos económicos y sociales dominantes. Las ciudades reflejan de forma fidedigna las consecuencias de las transformaciones que se suceden en el entorno global. Si la globalización generó una mayor consciencia de los efectos sobre el cambio climático, fue en las ciudades en donde se percibió no únicamente los efectos directos de esta problemática (i.e. inundaciones, altas temperaturas, etc.) sino también las reacciones de los habitantes

ante las dramáticas consecuencias de un calentamiento global del mundo.

Vivimos actualmente en escenarios complejos en donde lo global determina en buena parte qué sucede en lo local. Es en las ciudades que se percibe el éxito y el fracaso tanto de los resultados de los mercados como de las políticas públicas (Naredo, 2001). Son las ciudades las que se enfrentan directamente a las problemáticas que el entorno global genera sobre el contexto local y territorial. Y son ellas las que deben dar soluciones, las cuales deberán articularse con gobiernos nacio-

nales u organizaciones supranacionales, así como contar con el apoyo y aprobación de la población. Las ciudades aprenden de otras ciudades, pero los mecanismos que palien los efectos negativos o estimulen los positivos, deberán siempre adecuarse a los parámetros específicos de cada ciudad.

Los retos urbanos se configuran ante problemáticas que requieren tanto de soluciones de corto plazo como de líneas estratégicas de largo alcance: movilidad sostenible, reducción de residuos o sociedades justas son, entre otros, algunos ejemplos de desafíos en buena parte de los escenarios locales. Son muchas las herramientas con las que cuentan los gobiernos locales para hacerles frente, siendo la innovación y el conocimiento los elementos clave para abordarlas.

El turismo se ha convertido en un arma de doble filo para muchas de las ciudades que han profundizado en este sector como fuente de riqueza y generación de excedente. Mientras en el pasado el reto urbano en relación con el turismo se conformaba alrededor del cómo atraer más turismo, actualmente y después de aprender a gestionarlo, el turismo se presenta como un campo en el que aprender de los errores del pasado contribuye al establecimiento de una nueva trayectoria hacia un turismo sostenible y respetuoso con las personas y el entorno.

El año 2020 representa un punto de inflexión para las ciudades. La densidad (de personas, de edificios, de infraestructuras, etc.) es central en la definición de ciudad: vivimos en comunidad, trabajamos en organizaciones con multitud de otros trabajadores, usamos el transporte público, disfrutamos de conciertos, obras de teatro, festivales... siempre en compañía. La pandemia generada por el virus Covid-19 ha exigido un cambio en

el uso de la ciudad, la distancia social, el uso de mascarillas, los aforos limitados... todo ello en contradicción con la misma esencia de la ciudad. Sin embargo, las ciudades y las personas se han adaptado a esta nueva realidad, no sin dificultades, muestra de la capacidad de resiliencia ante la adversidad tanto del ser humano como de los entornos urbanos.

Sabemos que algún día la pandemia será historia, pero su llegada ha supuesto tanto el examen de la capacidad de resistencia y reinención de la ciudad y las personas, como el replanteamiento de múltiples retos urbanos. En general, la diversidad en cuanto a herramientas y recursos para hacer frente a las problemáticas generadas por la gravedad de la situación han permitido reconsiderar el cómo hacer frente a cuestiones complejas que se arrastraban el devenir de la ciudad.

El turismo es, sin lugar a duda, fuente de riqueza para una ciudad. Es un sector 'arrastrado': son muchos los establecimientos y personas que dependen de él. Crea valor añadido y lugares de trabajo, estimula la innovación, valoriza patrimonio, revitaliza las ciudades... la lista es larga. Sin embargo, el turismo así, en general y sin especificar de qué tipo, puede también contribuir a la degradación de la ciudad, a la pérdida de identidad, al aumento del precio de los alquileres y muchas otras consecuencias sociales, económicas y medioambientales.

En este artículo queremos repensar y replantear el turismo como agente de cambio, como catalizador de nuevos retos urbanos, como ejemplo de reinención. Más allá de la posible demonización de un sector allí donde las externalidades negativas son visibles y molestas, el turismo y, en particular, ciertas formas de turismo, es una de las herramientas



Basílica de San Marcos (Venecia).

clave para proyectar una ciudad en el medio plazo acorde con los principios de la sostenibilidad: a saber, una ciudad medioambientalmente respetuosa, económicamente viable y socialmente inclusiva.

2. La ciudad, el turismo y los retos urbanos de largo plazo

La ciudad es por definición un espacio abierto de encuentro y de conflicto. En el origen de la ciudad se encuentra la necesidad de protección frente al adversario aunando esfuerzos y recursos dispares (*sinecismo*) formando alianzas entre diferentes culturas, gobernanzas o religiones (*sincretismo*). Así, las dinámicas que se suceden en espacios urbanos vienen determinadas por una tensión continuada entre usos alternativos, reflejo de percepciones radicalmente distintas acerca de lo que representa la convivencia, así como por

una mezcla y amalgama de diversas sensibilidades y culturas que conforman la propia identidad de la ciudad (Wirth, 1938). La naturaleza cambiante de la ciudad está intrínsecamente vinculada a su propia conformación. Por ejemplo, la transformación del uso y apropiación del espacio a través de la inmigración y, por tanto, de la diversidad racial y cultural, se ha venido sucediendo de manera continuada con los desplazamientos de individuos y colectivos en el mundo. Ello ha dado lugar a ciudades más o menos inclusivas, con mayor o menor respeto por las diferentes sensibilidades de quién las habita.

Por otro lado, esta diversidad característica de la ciudad supone también la aparición de espacios de poder y relaciones de dominación. La literatura ha ahondado en conceptos como la ‘ciudad justa’ (Fanstein y Campbell, 2011) o ‘el

derecho a la ciudad' (Lefevre, 1968; Harvey, 2008) frente a la asignación neoliberal de espacio. Es en este contexto de tensión y conflicto en el que el fenómeno del turismo aparece como elemento adicional de pugna y vindicación de la ciudad como espacio compartido: en los barrios y sus comunidades confluyen amenazas y oportunidades, aspiraciones económicas y sociales/ colectivos e individuales, intervenciones y trayectorias, vecinos y turistas... De una forma un tanto elemental, los mercados deciden y los poderes públicos junto con las personas resuelven los efectos negativos que el mercado puede ocasionar.

De entre los retos más importantes de largo plazo a escala global se encuentra la sostenibilidad (medioambiental, social, cultural y económica) y el desarrollo sostenible entendido como '*el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades*' (ONU, 1987). La preocupación expresada en los términos del informe Brundtland con respecto a la sostenibilidad es el resultado claro de un desarrollo particular de la sociedad capitalista. La conceptualización de "desarrollo sostenible" se refiere a una cierta ambigüedad en la posibilidad de mantener el sistema económico existente sin prestar mucha atención a las consecuencias (ambientales) de un crecimiento "sostenido".

Las ciudades se imbrican directamente en la consecución de este objetivo a través de la definición de las 'comunidades sostenibles' las cuales aúnan colectivos de personas y espacio. Tal y como el Acuerdo de Bristol (2005) considera, una comunidad sostenible debe:

1. Estar bien gobernada (participación efectiva e inclusiva, representación y liderazgo)
2. Estar bien conectada (con buenos servicios de transporte y comunicación, facilitando conexión entre casa y trabajo, educación, salud...)
3. Estar bien servida (con servicios públicos, privados, comunitarios y voluntarios apropiados a las necesidades de las personas)
4. Ser sensible medioambientalmente (proveyendo de lugares para vivir que sean sensibles medioambientalmente)
5. Ser próspera (con una economía local diversa y floreciente)
6. Estar bien diseñada y construida (con un entorno natural y construido de calidad)
7. Ser justa para todos (para aquellos que forman hoy y mañana la comunidad)
8. Ser activa, inclusiva y segura (Justa, tolerante y cohesionada, con una cultural local potente y otras actividades comunitarias)

Numerosos autores (Meadows *et al.* 1972; Sassen, 1990) han considerado los límites del crecimiento en términos de restricciones ambientales y sus consecuencias relacionadas con la igualdad social en el ámbito de la ciudad.

De hecho, existe una contradicción en el enfoque de desarrollo económico, medido principalmente a través de unidades monetarias del PIB y la Renta Nacional, completamente desconectado del mundo físico y del desarrollo sostenible, que requiere una variedad de indicadores aislados entre sí y que abarcan diferentes procesos altamente heterogéneos (Naredo, 1999). ¿Cómo pueden estas dos perspectivas ir de la mano?



Los dedos es una escultura de cinco dedos parcialmente sumergidos en arena, localizada en Punta del Este, Uruguay.

El concepto de ‘comunidad sostenible’ debe ser flexible y adaptativo a cada entorno. No existe un único patrón o una única vara de medir y evaluar (a pesar de la necesidad de indicadores objetivos de situación en el proceso). De hecho, se habla de resiliencia urbana cuando se quiere hacer referencia a la capacidad adaptativa de la ciudad. Sin embargo, el concepto de resiliencia procede de las ciencias naturales¹, poco útil al concepto de ciudad ya que las ciudades son, por definición, cambiantes y dinámicas, motores de crecimiento y fuente de interacciones. Las comunidades urbanas cambian intencionalmente y no intencionalmente debido a dinámicas internas y externas incluyendo partes / agentes / instituciones resilientes y no tan resilientes. En definitiva, la resiliencia urbana es un proceso, no una característica,

¹ C. S. Holling (1973): una medida de la persistencia de los sistemas ecológicos y de su capacidad para absorber choques y perturbaciones y aún mantener las mismas relaciones entre las variables estáticas.

que depende de los recursos (naturales y creados), la población, las características particulares del entorno, las tecnologías y el conocimiento.

Es relevante tener en cuenta la importancia de la temporalidad: hay necesidades a las que dar soluciones de manera inmediata, pero es importante el largo plazo y los proyectos que se alargan en el tiempo y son sostenibles. Se trata de identificar dónde están los retos reales de las ciudades, no de volver al ‘*business as usual*’.

3. El turismo ante las claves para un desarrollo local sostenible

La trayectoria y la definición de prioridades es clave para las ciudades en términos de identificar las ventanas de oportunidad para instaurar cambios. También lo es para saber reaccionar a los eventos globales que ponen a prueba sus capacidades de resiliencia y adaptación. El turismo de la pre-pandemia se caracterizaba sobre todo por su contribución al desarrollo económico local generando grandes debates sobre su sostenibilidad

a largo plazo. Antes del 2020, el sector registraba un crecimiento continuo sin claras indicaciones de sus propios límites, mostrando un alto nivel de diversificación en cuanto a sus tipologías y productos turísticos correspondientes. El sector turístico se definía como un sector económico versátil y poderoso por su adaptabilidad y expansión continua que a su vez determinaba cambios tanto al aspecto físico como el tejido cultural de las ciudades para atraer a cada vez más visitantes y gozar de los beneficios económicos resultantes.

La generación de riqueza y empleo en el sector turístico ha beneficiado tanto a las personas y establecimientos que directa o indirectamente dependen del turismo, como son el sector hotelero o la restauración. Sin embargo, esta estrategia ha generado externalidades negativas que han repercutido en la calidad de vida de las comunidades residentes, inspirando una cierta resistencia al turismo, o “turismofobia” debido a la percepción de que el sector haya provocado la pérdida de identidad cultural, el aumento de precios de la vivienda y otras consecuencias sociales importantes. Por otro lado, la transferencia de los beneficios económicos a agentes externos al país que produce el turismo en vez de quedarse en la comunidad local (*leakage*), ha atraído críticas al modelo de desarrollo local en base del turismo. Así, un modelo de desarrollo económico que no es sostenible en términos socioculturales no se puede considerar sostenible en general, a pesar de los grandes beneficios económicos que aporta a las ciudades.

Con todos sus pros y sus contras, el turismo pre-pandemia llegó a ocupar un puesto significativo como motor de desarrollo económico no sólo en las

ciudades, sino también en territorios más amplios. Al implementar estrategias de descentralización, muchas ciudades ayudaron a redistribuir tanto los flujos turísticos como sus beneficios económicos, reduciendo la sobrecarga del turismo en las capitales y asegurándose que los territorios también se beneficiaban de la riqueza generada por un incremento de turismo en sus zonas. De esta manera, el sector empezó a abordar el tema de una mayor sostenibilidad económica, medioambiental y sociocultural, aunque la balanza siguió siendo a favor del desarrollo económico.

Es evidente que la centralidad del turismo en las estrategias de desarrollo local tiende a inspirar tensiones entre los diversos valores y pilares de sostenibilidad. Hay una clara inclinación hacia el desarrollo económico por encima de una sostenibilidad más completa, una que toma en cuenta las necesidades económicas, sociales, culturales y medioambientales de la ciudad y sus habitantes en proporciones iguales. Además de identificar esta desconexión entre el desarrollo del sector y la sostenibilidad urbana, la pandemia de Covid-19 presenta una oportunidad para repensar e incluso cambiar el paradigma del turismo y el desarrollo local. De hecho, ofrece la posibilidad de replantear no sólo la sostenibilidad del mismo sector turístico, sino también el papel que pueda jugar el turismo en la sostenibilidad de las ciudades durante y después de la pandemia.

4. El turismo cultural como parte de la solución en un mundo post pandemia

Tal y como se ha visto, el turismo ha contribuido en mayor o menor medida al desarrollo de las ciudades. También



Cambio de guardia en la Tumba del Soldado Desconocido frente al muro del Kremlin en Moscú.

el sector cultural puede jugar un papel sustancial cuando se utiliza como una herramienta de mejora urbana y reducción de las desigualdades. Este sector tiene un impacto económico significativo: brinda la creación de empleos y negocios, aumenta las inversiones tanto locales como nacionales y extranjeras, mejora las capacidades de las ciudades y fomenta la formación de *clústeres* que estimulan la innovación entre sectores. Además de su impacto económico, el sector cultural favorece la mejora de la cohesión social, la salud, el bienestar, el capital social y la tolerancia, así como el refuerzo de la identidad colectiva de la ciudad y sus barrios.

Considerando las externalidades positivas que crean tanto el sector turístico como el cultural, así como las oportunidades de mejora y desarrollo que podrían resultar de su trabajo conjunto, un turismo basado en la cultura y la creatividad integra los beneficios de los dos sectores aportando una mayor contribución a la sostenibilidad urbana después de la pandemia. Este concepto no es nuevo. El turismo cultural lleva desde los 1980s

aprovechando las sinergias entre los dos sectores. De hecho, no ha parado de crecer y mostrarse atractivo para un mercado cada vez más masivo y globalizado desde los 1990s. Lo que empezó siendo un “movimiento de personas hacia atractivos culturales fuera de su lugar habitual de residencia, con la intención de recopilar nueva información y experiencias para satisfacer sus necesidades culturales” (Richards, 1996: 24), hoy en día no se centra tanto en los espacios culturales ni en el radio de movimiento del turista, sino más en las intenciones y experiencias de los turistas culturales.

Según Greg Richards, el turismo cultural contemporáneo ya es una actividad turística en sí, “en la cual la motivación esencial del visitante es aprender, descubrir, experimentar y consumir” tanto los productos tangibles como los atractivos intangibles de la cultura de una destinación (Richards, 2018: 13). Como consecuencia, es fundamental reconocer y remarcar la transversalidad de la cultura en su sentido completo. Los turistas culturales de hoy consumen arte, arquitectura, gastronomía, patrimonio, música, literatura y otros

productos de las industrias culturales y creativas de las ciudades, pero también buscan experimentar el conjunto único de las normas, valores, prácticas y memorias históricas de las diversas personas que habitan la ciudad.

Si bien el turismo cultural ha llegado a este punto antes de la pandemia, la naturaleza cambiante del turismo durante y después de Covid-19 seguramente impulsará un mayor reconocimiento de la transversalidad de la cultura y la búsqueda de nuevas maneras de explotarla. Dado la inclinación actual del sector hacia un turismo de proximidad –atrayendo al visitante local, nacional o, como mucho, el país cercano– será cada vez más importante centrarnos en una experiencia cultural completa y auténtica que toma en cuenta esta definición expandida del turismo cultural. El proyecto de investigación europeo SPOT ofrece un buen ejemplo tanto del trabajo actual como del futuro de la innovación en este campo. SPOT pretende afrontar estos retos a través de la investigación conjunta de 15 países europeos que comparten su conocimiento y experiencia en diversos campos. Tiene la doble finalidad de ampliar la esfera de actividades y experiencias que componen el turismo cultural en este horizonte tan incierto de la pandemia, y de indicar, a través de una aplicación digital, nuevas áreas con potencial de desarrollo o mejor sostenibilidad.

La apuesta por el turismo cultural como una herramienta para impulsar una nueva y duradera sostenibilidad en las ciudades, ahora y en la post-pandemia, está en muchas agendas locales. Más allá de su capacidad de desarrollo económico y de estímulo de la cultural local, el turismo cultural ya se ha demostrado viable en la pre-pandemia como una herramienta de

mejora urbana que promueva una mayor sostenibilidad. En primer lugar, ha impulsado la inversión en infraestructuras públicas, especialmente las que están dedicadas al patrimonio cultural. Esto crea no sólo beneficios económicos, sino también enlaces entre los equipamientos culturales y la comunidad. Además, ha promovido actualizaciones en la sostenibilidad medioambiental de dichas infraestructuras. En segundo lugar, el turismo cultural fortalece la competitividad internacional de las ciudades a través de eventos como congresos o ferias. Esta competitividad atrae inversiones, aumenta el gasto en la ciudad y sus barrios y aumenta el prestigio social de la ciudad, a la vez que eleva la cultura local al escenario internacional. Finalmente, su sensibilidad a las necesidades de las industrias culturales y creativas sigue forjando grandes sinergias entre ambos sectores, promoviendo ingresos económicos, apoyando también a los artistas y creadores culturales locales.

El turismo cultural es una herramienta apropiada para afrontar los cambios ocasionados por la pandemia en la tipología de turistas en las ciudades y en la adecuación de los nuevos productos y experiencias que éstos desean. Con la línea cada vez más borrosa entre “turista” y “residente”, cabe imaginar, por un lado, una menor relevancia de las diferentes necesidades de productores y consumidores y, por otro, una mayor concienciación por una producción y un consumo más ético y sostenible.

Asimismo, un turismo cultural de proximidad promete mejorar la sostenibilidad medioambiental del sector y de la ciudad intrínsecamente, ya que los visitantes producirán menores emisiones en viajar y tomarán parte en las experiencias locales



Actividades para turistas en el espacio público en la ciudad de Quebec.

y compras de productos “Km 0”. Desde una perspectiva económica, el problema del *leakage* puede reducirse también, dado que el gasto en productos pensados para públicos locales o de proximidad necesariamente se quedará en la ciudad. Esto puede ocasionar nuevas oportunidades de desarrollo para los productores culturales locales y los pequeños comercios, y señala una nueva oportunidad para la innovación si el sector no se complace con volver al *business as usual*.

5. Reflexiones

El cambio climático y otros problemas ambientales crean vulnerabilidades en las comunidades urbanas, incluidos riesgos considerables de inundaciones y sequías, olas de calor, pobreza energética, pobreza de transporte y pobreza / seguridad alimentaria. También el turismo en la época pre-pandemia ha llegado a amenazar la supervivencia en la ciudad de comunidades sostenibles, respetuosas con el entorno y socialmente cohesionadas. El turismo ha resultado ser a la vez fuente de riqueza y de desigualdad, generando

una amplia preocupación en diversos sectores de la sociedad.

La pandemia ha acelerado el futuro marcando un claro ‘antes’ y ‘después’. La pandemia ha añadido urgencia a la necesidad de resolver problemas pendientes, entre otros, el del turismo y sus efectos negativos en la ciudad. En 2020, el confinamiento, los toques de queda y las medidas drásticas en la reducción de la movilidad de la población han dibujado un nuevo escenario en dónde lo global conecta directamente con lo local y crea una oportunidad única para repensar la trayectoria de futuro de la ciudad con una nueva forma de coproducir la ciudad surgida de un nuevo liderazgo urbano.

El turismo cultural ofrece una gran oportunidad para incorporar la cultura (en su sentido transversal) en las nuevas experiencias y productos turísticos de la post pandemia, las cuales probablemente adoptarán un enfoque mucho más próximo que internacional. Sin embargo, y en la línea de las preocupaciones socioculturales ante los efectos negativos de un turismo masificado, hará falta respetar la línea

entre celebrar y mercantilizar la cultura sin explotarla hasta ocasionar su pérdida (Richards 2000: 15). Sería un gran error no aprovechar la oportunidad que ofrece la pandemia para repensar y replantear el turismo de una forma más sostenible, así como planificar para estrategias turísticas que contribuyen activamente a la sostenibilidad urbana.

Asegurar el éxito del turismo cultural como una herramienta de sostenibilidad a largo plazo requerirá de la coordinación y cooperación entre actores urbanos. Será clave mantener y adaptar los sistemas actuales de atracción territorial y estructura turística para mejorar la competitividad local en base a la cultura y la creatividad (Solima y Minguzzi, 2014) si el sector quiere seguir explotando los recursos culturales intrínsecos del territorio y atraer nuevos recursos que puedan fortalecer aún más sus enlaces con otros agentes de la ciudad.

Tanto la administración pública como los actores privados han de ser permeables a las necesidades de las comunidades urbanas en el momento de diseñar políticas, estrategias e intervenciones en el sector turístico con el objetivo de lograr una ciudad sostenible. En definitiva, el grado de éxito del nuevo modelo turístico con respecto a la sostenibilidad dependerá de la eficiencia y la eficacia de una buena gobernanza articuladora de un modelo en donde conviven estrategias de abajo arriba (*bottom-up*) y de arriba abajo (*top-down*), a la vez que proporciona un buen liderazgo y dirección estratégica para el conjunto de estas iniciativas. Dadas las distintas características de los colectivos que comparten el territorio, el respeto a la diversidad y una clara definición de los límites de uso del barrio y del espacio son elementos clave para evitar el poten-

cial de conflicto en los diversos usos del barrio por parte de diferentes colectivos.

La tendencia a formular políticas culturales en respuesta a “las demandas, aspiraciones e ideas de los ciudadanos, grupos comunitarios y empresas locales” para poder preservar mejor la identidad cultural del lugar (Lavanga 2006: 8) ha formado parte de la política cultural en las ciudades desde hace mucho antes del comienzo de la pandemia. El sector turístico debe hacer también suya esta tendencia para reinventarse y abordar sus propios problemas de sostenibilidad, convirtiéndose en un catalizador de sostenibilidad urbana a gran escala.

En resumen, el turismo cultural es una herramienta útil para desarrollar o reforzar una sostenibilidad más completa en las ciudades del siglo XXI, siempre y cuando tenga en cuenta la interrelación de los diferentes pilares de la sostenibilidad y su impacto en términos tanto económicos como humanos en la comunidad local. La pandemia se convierte en un potencial punto de inflexión ofreciendo la oportunidad de efectuar los cambios necesarios en la forma de abordar el turismo. De este modo, se logra no sólo el mejor uso de recursos en el presente, sino también una garantía de condiciones sostenibles para las futuras generaciones.

Añadir el adjetivo ‘cultural’ al turismo no debe interpretarse únicamente como aquel que se orienta a la divulgación museística, a impulsar la capitalidad cultural o incluso a promocionar las industrias culturales. El turismo cultural en clave de sostenibilidad añade a todo esto la transversalidad de la cultura como el conjunto de normas y hábitos de los que residen y visitan la ciudad. El turismo cultural entendido como una comunión respetuosa de culturas



El Gran Bazar de Estambul.

basado en la apreciación de la diversidad y a la vez la singularidad de las diferentes comunidades que coexisten en el territorio.

El turismo cultural tiene una responsabilidad intrínseca de contribuir al fortalecimiento de las comunidades existentes y asegurarse de que su impacto económico y social repercuta en los grupos más vulnerables de las ciudades. Al fin

y al cabo, el turismo de la post pandemia –sea turismo cultural o no– deberá garantizar que el desarrollo económico vinculado sea sostenible medioambiental y económicamente, mejorando la calidad de vida de todas las personas que viven en la ciudad, no sólo a aquellos en contacto directo con el turismo, para promover el mayor grado de sostenibilidad en las ciudades ahora y en el futuro.

Referencias

- Acuerdo de Bristol (2005). *Conclusiones del informe del Ministerio sobre las comunidades sostenibles de Europa, Bristol, 6-7 diciembre 2005*. Londres: Office of the Deputy Prime Minister. Disponible en: https://www.eib.org/attachments/jessica_bristol_accord_sustainable_communities.pdf.
- Fanstein, S. y Campbell, S. (eds) (2011). *Readings in urban theory*. 3rd Edition. Wiley-Blackwell. 516 páginas. ISBN: 978-1-444-33081-6.
- Harvey, D. (2008). The right to the city. *The New Left Review*. 58. SEPT/OCT 2008. Disponible en: <https://davidharvey.org/media/righttothecity.pdf>.

- Holling, C.S. (1973). Resilience and Stability of Ecological Systems. *Annual Review of Ecology and Systematics*, 4: pp. 1-23.
- Lefebvre, H. (1968). *Le Droit à la ville* [El derecho a la ciudad] (2nd ed.). Paris, France: Anthropos.
- Lavanga, M. (2006). *The contribution of cultural and creative industries to a more sustainable urban development. The case studies of Rotterdam and Tampere*. Draft paper for the ACEI (Association of Cultural Economics International) Conference - Vienna, 6-9 July 2006.
- Meadows, D.H.; Meadows, D.L.; Randers, J. y Behrens, W. (1972). Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la Humanidad. Fondo de Cultura Económica. México.
- Naredo, J.M. (1999). Las “Externalidades” que genera la idea usual de sistema económico y el modo de abordarlas. En Valero, A. y Naredo, J.M. (coord.) (1999). *Desarrollo económico y deterioro ecológico*. ISBN 84-7774-981-7, pp. 43-46.
- Naredo, J.M. (2001). Ciudades y crisis de civilización. *Boletín CF+S*. Núm. 15 (2001). Disponible en: <http://polired.upm.es/index.php/boletincfs/article/view/2236/2318>.
- ONU (Organización Naciones Unidas) (1987). Informe ‘Nuestro futuro en común’ o El informe *Brundtland* (en español). Disponible en: <https://undocs.org/es/A/42/427>.
- Richards, G. (1996). *Cultural Tourism in Europe*. Wallingford, CAB International.
- Richards, G. (2018). Cultural tourism: A review of recent research and trends. *Journal of Hospitality and Tourism Management*, 36: pp. 12-21.
- Richards, G. (2000). Tourism and the World of Culture and Heritage. *Tourism Recreation Research*, 25 (1): pp. 9-17.
- Sassen, S. (1990). Beyond the city limits: a commentary. In J.R. Logan and T. Swanstrom, editors, *Beyond City Limits: Urban Policy and Economic Restructuring in Comparative Perspective*. Philadelphia: Temple University Press, pp. 237-242.
- SPOT Project (2020). Página web “Horizon 2020 SPOT Project”. Disponible en: <http://www.spotprojecth2020.eu/>.
- Solima, L. y Minguzzi, A. (2014). Territorial development through cultural tourism and creative activities. *Mondes du Tourisme*, 10: pp. 6-17.
- Wirth, L. (1938). Urbanism as a way of life. *American Journal of Sociology*. Volume 44, Number 1 <https://doi.org/10.1086/217913>.